

# Letras de Molde

ANO I.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
Madrid: Trimestre, 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.

MADRID  
Lunes 29 de Enero de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.  
TELÉFONO, 558.  
Número suelto, 10 céntimos.

NÚM. 3

## COLABORADORES

Pardo Bazán, Emilia; Ríos, Blanca de los; A. de Icaza, Francisco; Alas, Leopoldo (*Clarín*); Alba, Santiago; Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín (*El Diablo Cojuelo*); Aza, Vital; Balaguer, Víctor; Benavente, Jacinto; Blasco, Eusebio; Blasco Ibáñez, Vicente; Burgos, Javier de; Casero, Antonio; Cavestany, Juan Antonio; Cavia, Mariano de; Delgado, Sinesio; Dicenta, Joaquín; Echegaray, José; Ferrari, Emilio; Francesc Rodríguez, José; Gabaldón, Luís; García de Quevedo, Eloy; Gil, Constantino; Gil, Ricardo; Gutiérrez Abascal José; (*Kasaba!*); Lampérez, Vicente; Larrubiera, Alejandro; Langi, José de; López-Ballesteros, Luis; López Silva, José; Luceño, Tomás; Manrique de Lara, Manuel; Medina, Vicente; Moya, Miguel; Oliver, Federico; Ortega Munilla, José; Palacio, Manuel del; Palencia, Ceferino; Palomero, Antonio; Pereda, José María de; Pérez y González, Felipe; Picón, Jacinto O.; Ponsá, José; Ramos Carrión, Miguel; Reyes, Arturo; Rodríguez Mourel, José; Sabau, Pedro; Saint-Aubin, Alejandro; Salillas, Rafael; Sánchez Pérez, Antonio; Sandeal, Manuel de; Sellés, Eugenio; Soriano, Rodrigo; Taboada, Luis; Terán, Luis; Tolosa Latour, Manuel (*Doctor Fausto*); Val, Mariano del; Valera, Juan; Vega, Enrique y Ricardo de la; Verdes Montenegro, José.

## POR TIERRAS DE LEVANTE

### II CARTAGENA

Esto sí que es África; es decir, esto sí corresponde a la idea literaria que nos formamos del África los que no hemos estado en ella y la conocemos por las descripciones de Amichis y Fromentin. Desde que se sale de la estación de Murcia, tan clara y alegre, que perfuman los ramilletes de jazmines y malvarosa, y se deja atrás la huerta, bien cuidada y regada, con sus frutales doblándose al peso de la fruta y sus orlas de cañaverales, se entra en una especie de ardiente desierto, salpicado de oasis, que son quintas y villas. Pelados y escuetos montes; arenales amarillos, rígidos como de alfileres, recostados con durezas de metal sobre el fondo del paisaje, y en cuyas espigas desgarraría sus alas la brisa, si brisa hubiese; pozos que sombrea una palmera y que recuerdan pasajes bíblicos; norias árabes, que voltean paciente macho, y a veces, en la tierra esponjosa y caliza, abierta la boca de una cueva, que spongo habitada. Las pocas chozas esparcidas por este desierto sahariano son de blanquísimos adobes, y las casas—noto por primera vez su forma singular—son cubos casi sin ventanas, deslumbrantes de blanquencia, con azotea en vez de tejado—lo mismo que las de Tánger y Orán.—El esbelto fuste y la gallarda corona de la palmera completan la decoración.

Hacia Balsicas la vegetación reaparece, y a mí se me llena el alma de memorias. De aquí salió, cubierto de todas las rosas del mes de Mayo, un feretro traído desde las orillas del celeste mar Menor. Pero—no sé dar cuenta del motivo—la verdad es que en esta tierra las ideas de muerte desaparecen: todo es vida, claridad, vibración, la inmortal alegría de la existencia según se difunde por nuestro espíritu. Sucede aquí lo propio que en esos deleitosos cementerios turcos, que son jardines, bosques, alamedas, sitios de recreo—cualquier cosa menos sepulturas.—Hay horas en que nos sentimos vivir, y ni aun queremos dar crédito a que la vida ha de acabarse. Quizá sea un cuento de la Edad Media eso del *morir habemos*. Si es verdad, no lo parece a orillas del Mediterráneo.

Su aliento refresca desde Balsicas el aire; nos acercamos a la costa; la brisa húmeda acaricia las ramas flexibles de los pimenteros y el follaje de los pálidos almendros, ya enrarecido por la otoñada. Sobre el horizonte, de un anaranjado fino, negrean las aspas de los molinos de viento, quietas, dormidas, seguras de que no ha de resucitar Don Quijote. En las cercanías de Cartagena, infinidad de blancas quintas, jardines y huertos: una amenidad artificial, atildada, graciosa, y el interior del pueblo, más grande de lo que creí, conserva su aspecto de presidio militar, señoreado por el palacio del Gobernador, como si fuese una ciudad colonial donde la fuerza dominase, conservando el orden.

Recorriendo las calles, pocas mujeres y muchos soldados; en el puerto, una marinería que chapurrea italiano y francés para ofrecernos un paseo en bote, creyéndome extranjera. En este puerto desembarca todas las semanas una tribu cosmopolita: franceses, judíos moros (parroquianos del balneario de Fortuna), ingleses, turistas, frailes misioneros. La racha que hace palpar la vela de los barquitos, viene tal vez de las montañas del Atlas. Y yo siento, en el puerto de Cartagena, un deseo inmenso de irme hacia la costa africana en el primer vapor que lleve ese rumbo. Parece que me brotan alas de golondrina. El invierno se acerca: ¡qué grato será pasarlo en Tánger!

Aquella es la tierra de nuestros sueños precolombianos; aquellas las razas que expulsamos, pero cuyo espíritu, sin duda en venganza, no se aparta de nosotros un instante. Seguir y no parar hasta el África sería completar mi itinerario, y convencirme plenamente de que no hubo tal D. Opas, ni tal Cava, ni tal Guadalete, sino que aquí se vinieron los sarracenos... porque tenían que venir. Y acaso sería también medio de comprobar que al África se la calumnia, cerciorándome de la mucha razón con que repelía el fondista de Cartagena: «Si quiere usted re-

correr un país donde se respeta a la mujer y nadie extraña verla sola... vaya usted al África.»

Algo semejante me habían dicho mis amigos los Padres franciscanos, tan bien hallados con la gente mora. ¡África! Si no es hoy, otra vez será... O me muero muy pronto, ó he de tomar café en dedalitos dorados, bajo las arcadas de filigrana de un patio de Tánger.

A visitar el Arsenal. La empresa no es tan fácil como parecerá así al pronto. A la puerta, un centinela me dirigió a la Comandancia. Oficina española, huelga decir que no había en ella alma viviente, excepto un portero, sin facultades para expedir el pase. Acuí al oficial de guardia, que a la sombra de frondoso árbol, sentado en un banco, fumaba tranquilamente. El oficial llamó a otro—el cual no pudo acudir, porque dormía la siesta.—Y en vista de que era incompatible el descanso de la oficialidad con mi deseo de obtener pase, se prescindió de ese requisito, y sin más trámites me acompañó un soldadillo por almacenes, diques, dársenas, muelles, talleres y astilleros. Vi fundir torpedos y montar cañones, y vi la mole del crucero en construcción *Cataluña*, semejante a la osamenta de un animalazo antediluviano.

El *Cataluña*, según noticias, está desde hace diez años allí; cuando se bote al agua, habrá pasado de moda diez veces. Dicen los inteligentes que un buque de guerra debe quedar listo en un año. Más valdrá no hablar de estas cosas... Algún aislado martillazo que oía yo resonar en las profundidades de la enorme máquina, en vez de hacerme creer que adelantaba, me infundía la persuasión de que no iba a terminarse nunca. Y confirmaban esta aprensión las placas de blindaje que andaban por el suelo,—caídas, como nuestro ánimo.

No entiendo de lo que aquí se fabrica, y prefiero repararlos recuerdos históricos de Cartagena. Descuella en estos últimos tiempos aquella página que arrancó a la tribuna española tan soberanos acentos de indignación, y cuyo testimonio conservo en una moneda de plata, un duro, acuñado sin duda en alguno de estos talleres, y donde se lee: «Cartagena sitiada por los centralistas.» Al lado de este episodio histórico, la memoria caprichosa evoca otro bien distinto: el de la eternamente encomiada continencia del más ilustre de los infinitos Escipiones: el que lleva el simpático sobre nombre de *el Africano*.

Cuando este Escipión, profundo psicólogo a pesar de sus cortos años, tomó a Cartagena, comprendió que lo único que no le perdonaría un régulo celtibero, ó digase español, sería haber rasgado el velo virginal de su novia... Y como a Escipión, según la historia sigue refiriendo, le habían llevado a su tienda otras muchas doncellas, hay que suponer que pudo conciliar la política y la práctica de la moderación con toda la más oportuna a esta virtud.

En la Cartagena actual, donde no veo una lápida ni un resto romano, al surgir el fantasma de Escipión, no surge de las ruinas y las rotas piedras. Sólo el dictado de *Africano*, que ganó en otras orillas, le rodea aquí de aureola. Su asombroso genio militar adivinó que desde España hay que seguir al África: es el rumbo cierto, y desviarnos de él nos ha costado muy caro.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## EL LIBRO DE TEXTO

### SONETO

Debe tener dos clases de papel  
Distintas en la pasta y el color;  
La firma y contrasena del autor  
Y advertencias y citas a ganar.  
Mucho bigote y mucho corondel,  
Oja que son los espacios de rigor;  
La tinta y la impresión de lo peor,  
Todo sobre barato, menos él.  
Si para la enseñanza ha de servir,  
Beille por lo ridículo y vulgar,  
Aunque a la juventud haga veír:  
Y cuando venda el último ejemplar,  
El sabio profesor podrá decir:  
«Ésto es lo que quisimos demostrar.»

Manuel del Palacio.

## EL SOLITARIO

Entre aquel bullicioso clamoreo de franca admiración, que por doquiera resonando de Hipatia en la carrera sigue hasta las puertas del Museo, y qué hostil rumor, que amenazante sube de tiempo en tiempo, percibirse puede como huracán que a la irritada nube en tempestuosas ráfagas precede? Son los monjes de Nitria, los ariscos lobos del yermo, que en los antros rudos de la Tebaida, entre escarpados riseos, abstinentes, desnudos, sobre el despojo de la res dañina, ven con ira y terror cómo a la magia de aquella voz divina, eco de un mundo cuyo fin presagia, la veleidosa turba atejandrina corre a adorar los dioses tentadores que, si sucumben a la ingente ruina, sucumben entre cánticos y flores. Tras ellos, turbulenta, la escoria va del populacho, hediondo ceno que escupe el removido fondo de la ciudad, donde el rencor fermenta. Como corriendo en la extensión que asorda,

con uno y otro manantial el río, hinchase y crece hasta que al fin desborda; así con nuevos golpes de genio más cada vez la muchedumbre aumenta, y haciéndose el murmullo vocerío, la agitación tumulto, monjes y plebe, de furor beodos, en la boca el insulto y entre las manos el puñal, van todos. Todos no. Confundido entre la turba, pero extraño al impulso que la mueve y a su designio criminal ajeno, con piadosa expresión, que no perturba ni la sombra más leve en su semblante, plácido y sereno, un joven religioso sigue a Hipatia también. ¡Corrió contraste con los demás en su infantil belleza, en la que se unió a la inocencia casta un tinte de selvática fiera, pues suaviza su reflejo humano de interna unión la tosquedad agreste que desalinea su áspera cabeza, como la luz celeste

dora en el bosque virgen la maleza! Es de esos seres cuyo rostro inunda con vivo resplandor el pensamiento, una especie de atmósfera circunda, difusión de su espíritu en el viento. A su pupila, abierta y dilatada, con la tensión del éxtasis parece que llega desde lejos su mirada; su mejilla enrojece rica la pubertad, que a cada paso su sangre a impulso de la fiebre activa, como llama que a intervalos se aviva tras la suave opacidad del raso. Tosea pelizosa de animal salvaje a la cintura atada con grueso cordel, forma su traje; cayendo hasta sus hombros derribada la cabellera intensa y descubierta; quedando al aire los contornos rudos de sus brazos desnudos, curtidos por el sol de los desiertos. En ellos, libremente, creció al acaso vagabundo y triste en la austera virtud del penitente, con el harapo que su cuerpo viste por toda propiedad; ora indolente durmiendo encima de su fiel alano, ora corriendo el arenal ardiente, comiendo el fruto que abatió el solano ó apagando su sed en el torrente donde bebe en la palma de la mano.

Vagar a la ventura escuchando en confuso arrobamiento las confidencias íntimas del viento que en el tupido carrascal murmuraba; correr al borde mismo de agrio barranco ó pedregoso abismo; trepar de roca en roca hasta en la altura que en las nubes toca, para mirar en la tormenta oscura el relámpago arder, como una espada que al aire desnudada por un arcángel vengador, fulgura. Esta su infancia fue. Sin ley ni guía dejábase mecer en el regazo de la provida madre, y se fundía en un inmenso abrazo con toda la creación. Astros y flores, celajes y rumores hablabanle un idioma sin palabras; familiar a los hoscos moradores de aquel contorno, en su esquivar bravía, las montaraíces cabras llegaron a buscar su compañía.

¡Cuántas veces a sombra de una higuera mientras durara su deliquio suave vino a beber en su escudilla el ave ó a sus pies se tendió mansa la fiera! Tal fue hasta entonces. Pero así, en la calma de esa existencia nómada y vacía, fué de anhelos llenándose el alma; y ya al mirar desde el vecino monte tras uniforme sábana de arena la línea siempre igual del horizonte; ya al ver la luna llena en medio de la bóveda infinita, cual virgen que velando pasó la noche en la frustrada cita, y pálida de insomnio y desconuelo retrocede ante el alba, desgarrando su corona de estrellas por el cielo, sintió la vaguedad indefinible de algo ignorado hacia lo cual gravita.

¿Qué solitario corazón no incita la sirenía falaz de lo imposible? Un día trasponiendo los montañas, que eran para él los límites del mundo, por veredas extrañas, se halló en una ciudad, de su profundo deslumbramiento le sacó el renombre de la que admiraba Alejandria inquieta, latiendo al verte el corazón del hombre bajo el sayal del macilento asceta. Y desde entonces siguióle arrastrado por fuerza oculta, con el loco empeño y el mirar extraviado del que sigue en la sombra alucinado la proyección fantástica de un sueño.

En tanto, grave, como nunca bella, ya en el lugar acostumbrado ocupa puesto eminente la gentil doncella, mientras en torno de ella el haz de sus discípulos se agrupa. En el mármoleo peristilo abierto a la vista del puerto, que entero cubren las ancladas naves, en medio de la esbelta columnata que el velamen de púrpura sombrea, donde exóticas aves bullen cautivas en la red de plata, y es como lira de cristal la grata voz de la fuente que a sus pies gotea. Serena Hipatia al popular concurso va su palabra a dirigir. Los ojos vueltos al cielo que mediado el curso inunda el sol con resplandores rojos; pálida, sacudida por la divina exaltación, la mano en el cabello, semejante a nieve cuajada entre la mies, la sien ceñida con la corona de laurel lozano, sobre la masa del frontón contigo su angustia forma se destaca leve, como figura a que el cincel antiguo vida prestara en ático relieve.

Es la inspirada musa, abierto el labio a la vibrante estrofa que blanda ruega ó indignada acusa; es la Sibila cuyo ser conmueve la presencia del dios, y con acento que contrastando la enemiga mofa suena a la vez a apóstrofe y lamento, así habla al fin entre el feroz aullido con que la chusma, a la explosión despierta, como lejano mar embravecido más espantable cada vez contesta.

EMILIO FERRARI

## CONTRASTE

### Casi cuento.

Pablo era lo que se llama un degenerado, física y moralmente. Muy bajo de estatura, pecosa la faz, casi calvo, nariz respingona, estrabismo bastante pronunciado, un color... ¡qué color!; en fin, era un feo en toda la extensión la palabra, y poco le faltaba para pertenecer a esa categoría de seres desdichados que conocemos con el nombre de fenómenos humanos.

Pero bajo aquella corteza horrible había algo que era muy hermoso. Sus sentimientos humanitarios y compasivos, su desarrollada y rica imaginación, su inteligencia despierta, y sobre todo, su portentosa memoria no eran cualidades despreciables, no; y sin embargo, a Pablo le despreciaba la gente, porque todo aquello no había podido nunca manifestarse, había permanecido encerrado bajo aquella horrible corteza, como antes decíamos, y así todos seguían despreciando a Pablo, y él, el infeliz, solo con su imaginación, tratando estaba de forjar una obra muy grande, muy noble, muy suya, un algo que asombrase a la humanidad; pero la obra, a pesar de sus esfuerzos, no aparecía, y el desgraciado se desesperaba y seguía sin ser nadie, y mientras el tiempo iba pasando; pasaban los días, pasaban los meses, pasaban los años, pasaban, pasaban siempre...

Jamás estaba alegre; la risa le era desconocida y sólo en algunos momentos, poco frecuentes, los músculos de su cara se contraían de modo que su rostro más parecía significar dolor que satisfacción y contento.

Su vida era metódica y sencilla. No usaba, de las cosas superfluas, más que dos de ellas; pero lo hacía con un gusto tan especial, con un tan desordenado apetito, que su uso originó en él dos vicios: el tabaco y el ajeno... ¡el ajeno! ese licor, creador de la nueva musa, la musa verde, la musa contemporánea.

Le agradaba en extremo ir al café; en él se pasaba las horas muertas; iba solo, por supuesto; los amigos le perturbaban en sus cavilaciones.

—¿Por qué va usted tan solo?—le preguntaban. Y él contestaba con fingida naturalidad:—No, no voy solo; voy *conmigo*.

Pues bien; *conmigo*, es decir, *conmigo solo*, se sentaba en una mesa que había allá, en el rincón más obscuro y escondido del café; desde él veía y observaba a la gente; algunas veces leía y siempre fumaba y bebía... ajeno.

Allí, en su eterno rincón, estaba aquella tarde más aburrido aún que de costumbre, cuando entraron y cerca de él, a una mesa próxima, se sentaron un matrimonio y un chiquitín.

Era el pequeño coloradote y guapo; era la madre una hermosa mujer, y el hombre digno marido y padre respectivamente de la esposa y del hijo.

Tomaron café. El chiquillo gorgó lo que no es decible, saboreando su taza de café con leche y sus bizcochos, é hizo, después cuantas porquerías pueden hacerse: metió los dedos en la taza para arrebanarla bien, se los chupó luego, se manchó el traje, se puso los morritos perdidos, salpió a sus padres y, por último, vertió la porción de líquido contenida en el platillo, sobre la mesa. Enfadóse el papá y le casó aunque ligeramente, y entonces la criatura lloró, y toda la porquería que decoraba su rostro se aumentó con lágrimas, babas y hasta algo más que salió por sus naricillas. ¡Cómo se puso!

Pero la tormenta pasó pronto. Le consoló la madre, limpióle luego y quedó tan guapo como cuando entró. El padre le dió un beso en señal de perdón, la madre dió muchos y quedó la paz restablecida.

Aquel hombre y aquella mujer, con el fruto de su amor, salieron luego tan contentos y campantes como habían entrado.

La escena no había podido ser ni más sencilla, ni más corriente, ni más tonta; pero a nuestro Pablo le impresionó hondamente... ¿Qué vió en ella? No sabemos; tan sólo nos consta que mientras aquellos tres seres estuvieron en el café, él no se fijó en otra cosa que en ellos; se quedó absorto, embelesado con la hermosura de la mujer y las gracias y gorriñadillas del retoño.

Aquello le impresionó de un modo violento, tremendo, le llegó al alma; parece mentira, ¿no es verdad?; pues es cierto, sin embargo. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas, aquel hombre lloró por fuera y por dentro...

Cuando marcharon quiso reponerse... ¡Qué tontería! Otro ajeno, luego otro; pero... nada, no era posible olvidar; parecía tenerles siempre en frente... aquellos tres... ¡Qué felices debían de ser! Trató nuevamente de dominarse, pero imposible; su excitación fué en aumento; ya no podía más, el recuerdo, el contraste, la tortura, la desesperación, el ajeno... se volvió loco.

Salió furioso, frenético; cruzó precipitadamente calles y más calles; tropezaba con la gente; ¡cuánto imbécil le detenía en su marcha! ¡canallas! Todos aquellos tenían la culpa; maldita sociedad!

Su excitación creciente llegó al delirio; no era posible vencer, no tenía fuerzas para luchar, pues a morir... ¡el Viaducto! Y emprendiendo carrera verti-